

ADOLFO BERENSTEIN

# UNA MIRADA CRÍTICA A LA TEORÍA BISEXUAL\*



## Resumen

No se trata de borrar las diferencias sexuales entre los sujetos, sino de acentuarlas aún más. Cualquiera sea la posición sexual no puede ser considerada como formando parte de un grupo homogéneo, tampoco debe privilegiarse la heterosexualidad sobre otras formas de posición sexual. La diferente composición, sostenida por una mezcla singular de las pulsiones sexuales, hace de cada sujeto sexual un ser irrepetible. No se puede hablar del sexo de un modo genérico y uniforme, no hay un solo sexo verdadero, sino una múltiple versión sexual. El carácter polimórfico del sexo lo hace variado en sus formas e inasible como esencia.

## Palabras clave

masturbación, homosexualidad, zonas erógenas, transexualidad, sexo, bisexualidad, erotismo, psicoanálisis, psiquiatría, género,

## Abstract

*It is not a matter of erasing sex differences between subjects, but of emphasizing these differences even more. No sexual position might be considered as forming part of a homogeneous group, nor should heterosexuality have a privilege over other forms of sexual composition. The different composition, sustained by a singular mixture of sexual drives, makes every sexual individual a unique being. Sex cannot be considered in a generic and uniform manner, there isn't single real sex, but multiple sexual version. The polymorphic nature of sex makes it varied in its forms and inapprehensible as an essence.*

## Keywords

*sex, masturbation, homosexuality, transsexuality, bisexuality, erogenous zones, eroticism, psychoanalysis, psychiatry, gender*

\* Este trabajo fue presentado el día 30 de setiembre de 2017, en la jornada organizada por el Nou Espai Obert, y dedicada al «Género, Trans\*-versalidad y Psicoanálisis»

Quiero comenzar mi intervención con unos versos de William Carlos Williams, poeta que refleja en la construcción formal de sus imágenes el espíritu que atraviesa todo mi trabajo.

Dice así:

Sin invención nada queda bien espaciado,  
a no ser que la mente cambie, a no ser  
que las estrellas se midan de nuevo, de acuerdo con  
sus relativas posiciones, la  
línea no cambiará, la necesidad  
no se matriculará: a no ser que haya  
un pensamiento nuevo, no puede haber una nueva  
línea, lo antiguo continuará  
repitiéndose con recurrente  
mortalidad: sin invención  
nada yace bajo el embrujo  
del avellano, el aliso no crece entre  
los oteros que bordean todo  
menos el exhausto canal de los antiguos sombríos  
las pequeñas huellas  
de los ratones bajo los colgantes  
de los herbazales no  
aparecerán: sin invención la línea  
nunca tomará sus antiguas  
divisiones cuando la palabra, la ágil palabra  
vivía en ella, convertida ahora en cal.<sup>1</sup>

El sexo, la sexualidad, la vida sexual, se halla desde hace mucho tiempo bajo la mirada vigilante y disciplinaria de la medicina y la psiquiatría y, por qué no decirlo, también del psicoanálisis y de la pedagogía. No es un fenómeno para nada nuevo el manto patológico con el que se envuelven las manifestaciones del sexo, ni las tendencias a normalizarlo o pautarlo cuyos efectos alcanzan las orillas mismas del campo psicoanalítico. Basta recorrer los archivos médico-psiquiátricos reabiertos por las investigaciones de Michel Foucault para comprobar las preocupaciones por controlar y modelar la vida sexual de los seres humanos.

1. Los versos de William Carlos Williams forman parte de su obra *Paterson*, libro dos, capítulo I, titulado: Domingo en el Parque, de la edición de Margarita Ardan, de Cátedra, Letras Universales (2001).

Una breve historia en forma de viñeta me servirá de introducción.<sup>2</sup> A comienzos del siglo XVIII, para ser más precisos alrededor del año 1710, aparece en Londres la publicación de un texto panfletario — creo que podríamos llamarlo así— de autoría anónima, aunque algunos historiadores nombran a John Marten, un médico de dudosa titulación, como su creador. Estaba dedicado a un tema que adquiere a partir de allí una gran acogida en la población urbana masculina: la masturbación.

La publicación llevaba el nombre de *Onania*, en honor al bíblico Onán, y se advertía en ella de los peligros que podía ocasionar en la salud de las personas el ejercicio de este vicio solitario y privado. El hábito oculto de esta práctica sexual producía para los editores de *Onania* trastornos muy variados y, todos ellos, por cierto, preocupantes: desde la ceguera a las enfermedades orgánicas de todo tipo, incluso la tuberculosis, desde la astenia a la locura y el suicidio, desde la sodomía y la homosexualidad a la degeneración.

*Onania* era distribuida en bares, peluquerías, y en cualquier centro de reunión de hombres, y su fama fue creciendo con el tiempo hasta saltar el estrecho de agua que separa a la isla del continente europeo. No solo se hablaba en sus hojas de la autopolución y sus riesgos, también comenzó a publicarse la confesión escrita de muchos masturbadores que deseaban escapar del tormento o ya lo habían hecho. Eran historias fascinantes que atraían la atención de los lectores y acrecentaban el número de los seguidores de la publicación.

Alrededor de *Onania* comenzó a gestarse una verdadera explosión económica, a los consejos dados en sus artículos para mejorar la situación de muchos masturbadores, se agregaron una cantidad de remedios y pociones destinadas a combatir el mal, preferentemente vendidas en las editoriales y librerías. Así aparecieron en el mercado de la masturbación numerosas bebidas milagrosas que anulaban los efectos del vicio, pastillas vigorizantes para neutralizar la pérdida de fuerza vital, o

2. Se encontrará una versión ampliada de esta historia de la masturbación en la obra de Thomas Laqueur agregada en la bibliografía.

artificios y aparatos como mitones para dormir, alarmas de erección, capsulas para el pene o aros para impedir la fricción de las sábanas durante la noche. Había que evitar por todos los medios que el mal se extendiera en el cuerpo vicioso y acarrear graves disturbios en la persona afectada. La tecnología y la farmacopea se pusieron como siempre rápidamente en acción para detener el contagio de este hábito, colaborando con los consejos enunciados en la publicación.

El ejercicio libre de la sexualidad comenzaba así a ser moldeado y configurado por una tecnología que luchaba contra los malos hábitos. Un poder difuso y descentralizado iba a mostrar, poco a poco, su presencia en las clasificaciones médico-psiquiátricas sobre los trastornos de la sexualidad, acompañado de normas pedagógicas, preceptos morales y regulaciones sociales y administrativas sobre el sexo. Comenzaron las medidas profilácticas para

Era un deber de los padres impuesto por el poder de la medicina y la pediatría proteger al niño de los vicios autoeróticos si deseaba fortalecer su buena salud corporal y mental. El cuerpo del niño era por primera vez, de una manera nítida y transparente, una preocupación familiar, educativa y médica, en el control y dominio de los impulsos sexuales. Las medidas de vigilancia trataban de impedir el despertar temprano y peligroso del instinto sexual, y prohibir con una mirada condenatoria todo intento de excitación que obstaculizara el normal desarrollo del individuo. En esta dirección, dos siglos más tarde, se dirigen las normas higiénicas y educativas promovidas por el padre de Schreber, que alcanzaron un gran prestigio durante el régimen nazi con los Kindergartens, y tuvieron tan nefastas consecuencias sobre su hijo, cuyas *Memorias* ocupan un lugar entre los casos analizados por Freud.

### **Era un deber de los padres impuesto por el poder de la medicina y la pediatría proteger al niño de los vicios autoeróticos si deseaba fortalecer su buena salud corporal y mental.**

preservar a los niños y adolescentes de esta práctica nociva y sus consecuencias negativas en la capacidad reproductiva de cada individuo y de la sociedad. La masturbación extendida era una amenaza latente que ponía en peligro el crecimiento de la población. El sexo debía ser vigilado y castigada toda posible desviación de lo que podía considerarse normal por la cultura de la época.

La prevención más importante por la trascendencia de sus efectos fue sin duda la vigilancia permanente de los padres y su presencia disciplinaria. Se podría decir, de un modo general, que la masturbación contribuyó a la construcción de la familia nuclear tal como la conocemos hoy, favoreciendo el acercamiento de padres a hijos alrededor de los peligros que podía ocasionar el ejercicio abusivo y antinatural de la sexualidad infantil. Aproximó a los padres, acortó su distancia con los hijos a través de la prevención puesta en la vigilancia sexual, pero al mismo tiempo acrecentó en ellos el peso de los fantasmas incestuosos.

Esta onda popular y folletinesca creada alrededor de la masturbación por *Onania* fue decreciendo con el tiempo, pero dejó un profundo rastro en el tratamiento médico-moral a través de diversas obras especializadas. Algunas de ellas se ocuparon de los peligros que la práctica ocasionaba en la salud, y de las limitaciones reales en prevenirlos y dominarlos. Se reconocía en el masturbador la existencia de fuerzas interiores, deseos y fantasías, pocos accesibles al control médico. Muchos autores plantearon frente a este vicio que proviene desde dentro del sujeto, desde su mundo interior, implementar como mejor y único remedio efectivo la culpa. La religión y la pedagogía debían ayudar a la medicina en esta tarea destinada a transformar el placer narcisista de una etapa del desarrollo del individuo y encauzarla hacia la madurez de una sexualidad normalizada y reproductiva. Desde este punto de vista la masturbación era una muestra de infantilismo que se oponía al destino sexual de todo individuo, sea macho o hembra.

El desarrollo sexual era normal si cumplía con la finalidad inherente a su naturaleza, la conservación de la especie; y se consideraba como una desviación enfermiza o una anomalía cualquier obstáculo que interfiriera este camino. La masturbación era un peligro para la subsistencia humana porque suponía un gasto improductivo de energía corporal puesto al solo servicio del goce sexual. Una nueva preocupación apareció en la escena: el control de la natalidad. Se abrió así un debate entre los que proponían esta práctica para evitar el crecimiento desproporcionado de la población y los que consideraban moralmente incorrecto alentar una sexualidad no reproductiva. Los tratamientos hormonales junto a otros dispositivos tecnológicos tendrán más tarde su palabra sobre este tema al favorecer la reproducción o liberar la capacidad de goce sexual de los cuerpos

«Nos hallamos —como dirá M. Foucault— frente a una nueva productividad del sexo, a nuevas formas de disciplinarlo, de recrearlo y de favorecerlo, de inscribirlo socialmente como norma o rechazarlo como amenaza, de conducirlo hacia un aumento de la natalidad o de restringirlo si la población minoritaria es un peligro por razones políticas, religiosas o raciales, de castigarlo con leyes y normas, de orientarlo en las tendencias y los deseos sexuales, de modelarlo en las fantasías y estimularlo imaginariamente... El sexo está atrapado por esta red de poder...que ha penetrado en el cuerpo humano».

La sexualidad era así la causa de múltiples trastornos corporales y anímicos y, al mismo tiempo, la propia vida sexual del individuo era vigilada para evitar sus desviaciones patológicas. La sexualidad pasó a ser, de este modo, un problema médico de primer orden.

En 1886, más de 150 años después de *Onania*, aparece en lengua alemana la obra de Krafft-Ebing, un verdadero compendio de las formas de manifestación de la vida sexual que va desde lo normal a lo patológico, desde las tendencias de la vida amorosa al fetichismo, el sadismo, el exhibicionismo, la homosexualidad o el masoquismo. Su *Psychopathia Sexualis* pondrá el acento en el instinto sexual y su desarrollo y en esa «lucha sin

tregua entre el instinto y las buenas costumbres, entre la sensualidad y la moralidad».

Quiero traer ahora un caso clínico que se puede encontrar en la observación 354 de la obra de Krafft-Ebing. Es la autobiografía de un médico húngaro nacido en el año 1844.

Vivaz e inteligente, jamás experimentó la alegría de ser un niño, prefería ser una niña. Exteriormente era un niño, pero en su fuero interior era una niña perezosa de corazón tierno. A pesar de amar al padre temía sus opiniones contrarias a su manera de sentir, mientras que la madre lo trataba de conducir sin hacerle sufrir el ridículo. Su deseo de pertenecer al mundo de las mujeres lo alejaba de los niños y lo atraía a las niñas. Ya en la escuela tenía una inclinación por los guantes de mujer, trataba de ponérselos en secreto en cuanto podía. Avergonzado cuando lo descubre su madre decide esconder su predilección por las cosas femeninas. Bajo ningún precio se hubiera mostrado a los otros vestido de niña porque temía exponerse a la burla. Deja su país natal por el trabajo de su padre y pasa a residir en Alemania donde continúa sus estudios. Allí se encuentra con un régimen escolar más severo y las continuas ironías de sus compañeros por sus maneras de niña. Fue púber hasta los 13 años, pero su figura permanece femenina hasta los 18 años, en esa época asoma la barba que oculta, en parte, su aspecto femenino. Si bien ignoraba casi todo lo concerniente a la sexualidad, tenía el sentimiento cierto de preferir ser una mujer, y no hubiera temido al bisturí de la castración para alcanzar ese fin. Terminados los estudios frecuenta ambientes disolutos; bebe mucha cerveza, fuma hachís hasta sentirse envenenado y practica la masturbación con frecuencia. Parecía ser un hombre doble: masculino, pero mezclado de feminidad. Sabía que tenía inclinaciones femeninas y sin embargo creía ser un hombre. Se gradúa de médico y se casa con una mujer enérgica y amable. Cumple con los deberes de esposo, pero sin satisfacción porque siendo un hombre desde el punto de vista exterior tiene siempre sensaciones físicas y psíquicas femeninas. La posición del hombre —continúa diciendo en su autobiografía— le es difícil y siente por ella una aversión particular. Se siente siempre

pasivo, vive el acoplamiento como una mujer. Tiene la impresión de la cohabitación de dos mujeres, una de las cuales se considera como hombre enmascarado. Debe ocultar su estado a su propia mujer. No le sería difícil volverse un homosexual pasivo, pero la prohibición religiosa pone allí un obstáculo. En su calidad de médico militar vivió los horrores de la pederastia de los turcos en los hospitales que despertaron en él un profundo rechazo. Desde hace tiempo experimenta la percepción de ser una mujer de los pies a la cabeza. Una voluptuosidad indecible se apodera de él y se siente transformado en mujer. Se percibe como hombre en un cuerpo de mujer, el pene le parece un clítoris, la uretra se asemeja a la entrada de la vagina siempre húmeda, el escroto parece ser los grandes labios, siente los pezones como senos, tiene la sensación de poseer una pelvis de mujer. Tiene periódicas perturbaciones mensuales: hemorragias por el ano, las encías o la nariz. A pesar de ser padre con grandes dificultades, y sin tener placer, se pregunta de qué sirve la suprema sensación de goce femenino si no se tiene la emoción de la concepción. La feminidad que se ha implantado exige ser reconocida y como no puede salir travestido a la calle se contenta con una pequeña concesión: llevar un brazalete detrás de la manga.

Según sus propias apreciaciones, no se consideraba un homosexual porque sus preceptos morales y religiosos se lo impedían. Tampoco se consideraba un travesti a pesar de sus gustos por las ropas femeninas, porque el pudor no le permitía salir vestido así a la calle. El empuje voluptuoso y arrebatador de su goce femenino le acarrea evidentes efectos trans que no borran su certeza de ser un hombre.

Casi con toda seguridad a este joven húngaro le esperaban, en nuestros días, dos posibles alternativas: ser tratado como un perverso o un psicótico o responder a las demandas creadas por el propio aparato médico para normalizar su anomalía sexual, es decir, someterlo a un protocolo endocrino-quirúrgico destinado a la cura de su enfermedad y de este modo reintroducirlo dentro del eje binario hombre-mujer.

Haré ahora un salto acrobático de casi dos siglos que

me aproximará a las novedosas concepciones de Freud sobre la vida sexual y a ciertas corrientes de pensamiento todavía vigentes dentro del campo psicoanalítico que mantienen, a pesar de la apariencia, esa mirada de sospecha patológica sobre cualquier forma sexual que se aparte del eje heterosexual normativo.

Freud se encuentra, por lo dicho anteriormente, con un territorio ya abonado donde germinarán muchas de sus ideas a contracorriente del poder médico. El primer nicho lo halla en la vida cotidiana de la familia nuclear y las preocupaciones en el control de la vida sexual de los niños. Con una sexualidad que, de no ser vigilada, puede ocasionar graves enfermedades, y que ella misma es proclive, como ya se ha dicho, de ser patológica cuando se desvía de su senda natural destinada a la procreación y a la conservación de la especie.

### **Freud se alza con una poderosa fuerza intelectual contra el innatismo y la degeneración, pero también contra el poder institucional de la medicina y la psiquiatría.**

En segundo término, Freud choca con las definiciones acuñadas por el pensamiento médico-psiquiátrico, por ejemplo, el innatismo o la degeneración, que serán revisadas en su teoría y permitirá la aparición de nuevos conceptos en el campo de la sexualidad.

Freud se alza con una poderosa fuerza intelectual en *Los tres ensayos* contra el innatismo y la degeneración, pero también contra el poder institucional de la medicina y la psiquiatría. Aún hoy nos hallamos lejos de separar al psicoanálisis del discurso médico sostenido por las clasificaciones patológicas y el diagnóstico diferencial de los cuadros clínicos, pensando que allí se hallan los puntos de apoyo de nuestra práctica, cuando es el nacimiento en acto de la verdad inconsciente, única e irrepetible, lo que guía el devenir de la clínica psicoanalítica.



El lazo entre la sexualidad y la infancia no es una invención freudiana, viene de ese más allá histórico, marcado por la publicación de *Onania* y sus preocupaciones por la masturbación. Lo que hace Freud es interrogar la sexualidad del adulto a través del relato de los recuerdos infantiles para retomar así ese hilo del autoerotismo y extender su tejido más allá de los órganos genitales. Freud eleva el sexo infantil al rango de discurso, y a partir de su obra los niños hablan, y su voz tiene una escucha.

Ya no se trata en los escritos freudianos del hábito solitario de la masturbación, y el privilegio de la zona genital en los hombres, sino del encuentro decisivo del cuerpo del *infans* con el cuerpo de la madre o de sus sustitutos. Allí el pequeño sujeto aprenderá a reconocer

adulta al reconocerse su presencia en la infancia, y la heterosexualidad, aunque dominante y excluyente, dejaba entrever la existencia de otras especies sexuales que, alejadas del juego de la reproducción, ponían en un primer plano el goce erótico. Por otra parte, la genitalidad ya no podía considerarse como una estación terminal y normativa de una supuesta y equívoca maduración libidinal. A la unicidad del instinto sexual preconizada por el pensamiento médico-psiquiátrico, Freud opone sus ideas sobre la multiplicidad de zonas erógenas y pulsiones parciales. Ellas en su diversidad coexisten y se entrecruzan, tejiendo con sus hilos la tela de un sexo único y singular para cada individuo.

En esa época de gran represión sexual lo novedoso fue darle a la homosexualidad en la teoría psicoanalítica

### **... lo novedoso fue darle a la homosexualidad en la teoría psicoanalítica un nuevo estatuto que la apartaba de la degeneración hereditaria...**

con los cuidados que le prodigan el valor erógeno del cuerpo. De este modo, el autoerotismo se expande a otras zonas que adquieren su pleno reconocimiento dentro del psicoanálisis, y a su teoría bien se le puede otorgar, sin temor a equivocarnos, el título de ciencia del erotismo.

Se diseña en la obra de Freud un cuerpo erótico configurado alrededor de las llamadas zonas erógenas, verdaderas erupciones de lava volcánica que busca por cauces naturales encontrar una descarga satisfactoria. El cuerpo erógeno del niño no se reduce, como se pretendía siglos atrás, a la sola excitación de sus órganos genitales, las fuentes ahora son diversas, múltiples y variadas, la sexualidad adquiere así una coloración polimorfa y centrífuga que hoy no podemos calificar de perversa como pretendía Freud, aún envuelto por la atmósfera de una cultura fuertemente heterosexual y normativa.

Descentrar la sexualidad de la anatomía genital y hacer de su práctica un ejercicio no vinculante a la reproducción era ya un gran paso que provocaría en el futuro de la sociedad y de la cultura grandes cambios de consecuencias inesperadas. La sexualidad dejaba de ser una prerrogativa exclusiva de la vida

un nuevo estatuto que la apartaba de la degeneración hereditaria aunque todavía pesaba sobre ella la sombra de la anomalía y la perversión. Los desarrollos freudianos poseen algunas veces ese tinte tímido y cauteloso, pero tienen, al mismo tiempo, esa carga de gran calado que agita las aguas más profundas de la vida social. Al tratar de una nueva manera a la homosexualidad, Freud intenta salir del eje normativo de la heterosexualidad, y así desanudar el fin del instinto sexual de la conservación de la especie humana, y colocar en el centro de la vida sexual la satisfacción erótica.

Sin entrar aún con pleno derecho en el campo de la normalidad aceptable, la inclusión de la homosexualidad adquirió en la obra freudiana un cierto aire de frescura frente a las rígidas concepciones médico-psiquiátricas. Condenada por la psiquiatría al campo de la patología permaneció dentro del psicoanálisis sin liberarse muchas veces de su sello perverso vigente aún en nuestros días.

En síntesis, el Freud de *Los tres ensayos*, ensancha las zonas autoeróticas más allá de los órganos genitales, cubre el cuerpo biológico de una pátina de libido y lo hace sensible a las excitaciones, y convierte a la sexualidad

en una compleja construcción de múltiples tonalidades, sin ponerla al servicio exclusivo de la reproducción.

Para la medicina, dentro de la partición binaria de los sexos, el ser humano no puede ser más que hombre o mujer. Una diferencia sustentada sobre bases anatómicas, fisiológicas y genéticas. Se definen así dos campos sexuales con sus caracteres y su necesaria complementariedad en la reproducción y la conservación de la especie. Desde esta perspectiva, en los sujetos considerados *normales* debe existir una correspondencia unívoca entre su psiquismo y su anatomía, y si no la hay, algo falla. Dicho de otro modo —para que se entienda el sentido de mis palabras— el trans padece de esa falta de correspondencia que atañe a su identidad sexual y a su construcción subjetiva lo que lo coloca fuera de la normalidad. Como se puede ver solo hay un modo de concebir la vida sexual humana dentro de la normalidad, ella debe ser heterosexual y procreadora, y se considera perversa o psicótica toda forma de deseo sexual fuertemente desviado del eje heterosexual considerado normativo en su finalidad ideal.

Si bien se puede considerar a la disposición bisexual originaria como una simple estación intermedia en la construcción de la organización sexual infantil —hecho que le permitirá a Freud separarse del discurso médico fundado en la anatomía del órgano genital— es imprescindible hacer hoy una crítica a esa posición.

Se debe poner bajo tela de juicio la relación establecida en su momento entre la cultura y la bisexualidad que le otorgaba a la cultura un carácter secundario y le daba a la bisexualidad una condición originaria, cuando en realidad lo que acontece es todo lo contrario. Dicho de otro modo, la cultura, o si se prefiere, la organización simbólica de cada época es la matriz en la que se apoya cualquier intento de hacer inteligible la sexualidad y, por lo tanto, las disposiciones sexuales no son meros hechos primarios prediscursivos, sino el resultado impuesto por la cultura dominante.

Es la Ley de la bipartición sexual presente en *Totem y tabú* la que crea la disposición bisexual y no la

### «En la civilización moderna se exige una correspondencia rigurosa entre el sexo anatómico, el sexo jurídico y el sexo social, estos sexos deben coincidir ordenados en una de las dos columnas de la sociedad...»

Foucault habla con contundencia sobre este tema: «En la civilización moderna se exige una correspondencia rigurosa entre el sexo anatómico, el sexo jurídico y el sexo social, estos sexos deben coincidir ordenados en una de las dos columnas de la sociedad...»

Estas palabras nos permiten llegar a la conclusión de que la lógica binaria de los sexos, sostenida por el discurso médico-jurídico, y también por otras disciplinas entre las que se halla, con algunos matices, el propio psicoanálisis, es el patrón normativo de la vida sexual. Y menciono al psicoanálisis como soporte de la lógica binaria porque en su entramado teórico aparece la idea freudiana de una bisexualidad originaria que abrirá un abanico de reflexiones a partir de la década de los 70 del siglo pasado y, en especial, los desarrollos presentes en la obra de Judith Butler y Gayle Rubin.

disposición entendida como natural y originaria la que da soporte a la Ley. Freud consideraba primario a lo que era secundario, y natural a lo que era un simple efecto discursivo de la Ley. La Ley es una práctica discursiva generadora de universos y ficciones, y es la propia Ley, he aquí su tautología, la que configura un orden que hace de esa misma Ley su poder garante. El campo de relaciones que ella configura depende de un orden cuya Ley es, al mismo tiempo, fundamento y razón de su existencia.

La Ley que organiza la vida sexual de los seres humanos es la Ley de la prohibición del incesto y las leyes del parentesco, y el poder de esta Ley emana de su propia legitimidad y excluye, por lo tanto, como anormal o sospechosa de serlo, a toda forma que desborde los límites de la división binaria de los sexos.

Este ordenamiento bisexual es el simple y complejo resultado de un largo proceso psicológico y social, de costumbres y hábitos dominantes en el imaginario cultural, transmitidos de generación en generación por la Ley. Se trata ahora de pensar los efectos de esa Ley aún dentro mismo del psicoanálisis, y preguntar sin miedo por qué en su dispositivo teórico se mantiene aún el sistema binario hombre-mujer, macho-hembra dentro de una normalidad que califica cualquier desviación del eje como posible patología. Dicho de otro modo, esta Ley solo es vigente dentro de un campo que ella misma funda y organiza, como sucede por ejemplo en la mecánica de Newton, pero sin dar cuenta de otros fenómenos que escapan al propio sistema, y hacen necesarias construcciones teóricas que resuelvan los problemas planteados por el nuevo terreno de la física cuántica.

Llegados a este punto es necesario aproximarse con la máxima cautela al Complejo de Edipo, o como se intente llamar en el futuro, sabiendo que al hablar de él se hace hincapié a los lugares y las funciones que ocupan los agentes. Al hacerlo así se trata de reflexionar sobre su trama para descifrar la cartografía que traza el deseo humano en ese laberinto y que conducirá al sujeto a una salida sexual de compromiso. Sí, de compromiso, porque el destino sexual del sujeto es también una formación del inconsciente. No hay una sola manera de atravesar ese territorio dominado por el encuentro de deseos, pero cada uno de esos modos, llevarán al sujeto a hallar una solución particular del enigma. Soluciones todas válidas y diferentes, pero al mismo tiempo frágiles e inestables.

Por todo lo dicho anteriormente, no se puede considerar como únicas y exclusivas salidas *normales* del Edipo a lo masculino o lo femenino, ni se puede sostener que ellas son la realización de unas condiciones innatas o biológicas. Son el simple resultado de una solución, probable entre otras, y todas de igual estatuto en sus múltiples diferencias, sin que ninguna de ellas posea un derecho privilegiado sobre las demás.

No hay un centro de supuesta normalidad en lo masculino y lo femenino y una existencia marginal y

patológica en los otros sexos. Cada sujeto asume en su vida una posición sexual diferente, solamente válida para él, dadas las circunstancias de su historia individual, sin ejes ni desviaciones o caminos secundarios. La idea de una identidad normativa e inmutable incluye en su interior un procedimiento de exclusión y de rechazo a lo diferente, aquello que por no ser semejante recibe el repudio. Se reconoce aquí el germen mismo del pensamiento paranoico.

A través del Edipo la cultura interviene sobre el cuerpo sexual polimorfo para hacer de él, por un *tour de force*, una representación teatral socialmente definida, una construcción discursiva, política y tecnológica. La sexualidad no es solo una cuestión psicológica, es también, por sobre todas las cosas, una cuestión política.

La heterosexualidad es el eje normativo sobre el que giran las diferencias sexuales y las políticas de hegemonía social: regula los dispositivos institucionales y las leyes de funcionamiento, y todo se organiza, como es de suponer, al servicio de los intereses de un sexo, considerado natural y jerárquicamente superior.

Y hay que decirlo, el sexo es también una cuestión económica. Es la propia Gayle Rubin la que nos trae sus observaciones sobre el fetichismo y el sadomasoquismo en la producción moderna del cuerpo y su relación con los objetos manufacturados: «No veo cómo se puede hablar de fetichismo y sadomasoquismo sin pensar en la producción del caucho, en las técnicas usadas para guiar y montar a caballo, en el betún brillante de las botas militares, sin reflexionar sobre la historia de las medias de seda, sobre el carácter frío y autoritario de los vestidos medievales, sobre el atractivo de las motos y la libertad fugaz de abandonar la ciudad por carreteras enormes. Cómo pensar sobre el fetichismo sin pensar en el impacto de la ciudad, en la creación de ciertos parques y calles, en los “barrios chinos” y sus entretenimientos “baratos”, o la seducción de las vitrinas de los grandes almacenes que apilan bienes deseables y llenos de *glamour*». Y por qué no agregar también a este listado toda la maquinaria económica puesta en juego por la industria erótica dentro del mundo digital y las redes sociales.



El sexo aparece entonces como un producto construido, no es un dato inmediato, un dato sensible, un dato fisonómico o biológico; y si se considera al género como una interpretación cultural, compleja y múltiple del sexo, se puede entender la profunda relación que existe entre ambos términos. Dicho de otro modo, el género interviene en la construcción del sexo desde una perspectiva transubjetiva, relacional y simbólica.

El género condensa en la cultura una multiplicidad de discursos y prácticas productivas, de leyes y reglas, de técnicas y saberes que ordenan y delimitan la noción de sexo y su reproducción. Más aún, la idea de la construcción del sexo impone como correlato la de un cuerpo también construido culturalmente por las inscripciones en su profunda superficie, al modo de tatuajes, de los discursos y de las prácticas dominantes en la sociedad.

El género se presenta así ante nuestros ojos como una narración de las prácticas políticas y tecnológicas comprometidas en la fabricación de cuerpos sexuales. Pero este cuerpo sexuado no puede ser considerado como un receptor pasivo de los discursos culturales marcados en su carne. Es también un cuerpo activo donde el psicoanálisis supo reconocer las zonas privilegiadas de goce, las rutas infinitas del deseo, las fuerzas indomables de la pulsión, o los laberintos de la repetición tejida con los sutiles hilos del inconsciente.

Cuando hablamos de género, y aquí me apoyo en las ideas de Judith Butler, resulta inevitable relacionarlo con uno de los géneros que nos llega de la clásica cultura griega: la teatralidad. Pues sí, nos hallamos dentro de la comedia dramática de la vida. La comedia sexual es una performance teatral, un modo de interpretar el cuerpo sexuado. Una puesta en escena, un acto burlesco ejecutado con mucha gracia y finura por el travesti o el *drag queen*, denunciando con sus disfraces la máscara y la opacidad de la identidad sexual.

El género se construye con actos repetitivos y estilizados: movimientos, prácticas y gestos del cuerpo, que producen la ilusión de una identidad sin

fisuras, cuando es «un acto performativo que el gran público —como lo describe Judith Butler— incluido los propios actores y actrices, se conjuran en creer y retomar bajo la forma de la creencia». Sin embargo, una de las construcciones sexuales que más nos interpela entre otras, me refiero a la intersexualidad, pondrá en duda esta identidad sexual sin fisuras y fuertemente congelada, riéndose de las propias ridículas creencias al mostrar la ambigüedad opaca del sexo.

En clara oposición a estas ideas se alzan algunas voces dentro del psicoanálisis que, a través de un discurso aparentemente sin fisuras, denuncian a «la antropología social norteamericana, desconocedora del Falo simbólico tal como lo definiera Lacan, y de justificar con la noción de género el rechazo a la bipartición sexual entre hombre y mujer... El término género permitiría —según esas opiniones— atenuar el carácter radical de la bipartición sexual mediante la borradura de la noción de sexo». Para esta corriente de psicoanalistas el discurso propio de la transexualidad va en una dirección de rechazo creciente de la diferencia de los sexos, arraigado en una bipartición anatómica de la especie humana. La certeza de ser un hombre o una mujer es lo que le falta al transexual, que padece entonces de un fallo simbólico que lo coloca *fuera del sexo*. En su rechazo de una elección sexuada gobernada por lo simbólico —entiéndase aquí el Nombre del Padre— el transexual nos remite a la fragilidad de lo imaginario. Llegados a este punto solo queda dar un paso definitivo y señalar al transexual como un posible psicótico en su intento de reparar la falla simbólica de la filiación por la vía de lo real, abriendo así las compuertas a la terapia hormonal y quirúrgica propuesta por la medicina como solución final al dilema. Y como conclusión a sus razonamientos estos psicoanalistas retan, y lo transcribo a la letra, «a quienes impugnen la naturaleza psicótica de la forclusión de la identidad sexual que presentan los sujetos transexuales, responderemos entonces que justamente, en todo psicótico —y con la condición de examinarlo como se debe— podemos encontrar, ya sea durante episodios delirantes o al margen de

ellos, la marca de esa falta de una identidad sexual inscripta en el inconsciente».<sup>3</sup>

En las sociedades occidentales se sigue trazando esa frontera imaginaria entre un sexo bueno y un sexo malo, como lo recuerda Gayle Rubin. En el vértice de una pirámide dibujada por la autora se hallan los heterosexuales blancos reproductores casados. Luego ubica a los heterosexuales monógamos con posibilidades reproductoras. Más abajo el sexo solitario flota en el limbo, mientras que las parejas estables de *gays* y lesbianas se hallan en el margen de la respetabilidad y la condescendencia a veces hipócrita. Esto es así, pero con matices.

Bruce LaBruce, escritor y cineasta de culto —marica por partida doble porque su nombre indica la manera con que se designaba al homosexual en la década de los 50— denuncia la situación actual por la que atraviesa el movimiento *gay*. No tanto desde el exterior, sino desde sus entrañas mismas.

conservadora... La oleada de conservadurismo *gay* es casi indistinguible del patriarcado blanco».

Descendiendo aún más en la pirámide de Rubin se encuentran las castas sexuales más despreciadas que incluyen a los transexuales, travestis, fetichistas, sadomasoquistas y trabajadoras o trabajadores del sexo. En el fondo de todo, en el infierno, se hallan los pedófilos. Como se puede ver, a medida que se descende hacia la base se pierde el reconocimiento social y aumenta la presunción de enfermedad mental. Esto es así, aunque con matices de elegancia intelectual, también para ciertos psicoanalistas que esconden detrás de su apariencia liberal profundas reservas frente a todo aquello que pueda poner en tela de juicio la normatividad del eje hombre- mujer, masculino-femenino.

En la teoría psicoanalítica se reconoce la función del Fallo y la operación de la castración, y señalo su carácter simbólico para evitar malos entendidos, como esenciales en la constitución del sujeto dentro de la lógica

## En las sociedades occidentales se sigue trazando esa frontera imaginaria entre un sexo bueno y un sexo malo.

«Lo interesante del movimiento *gay*—dice LaBruce— es que su motor era el sexo. Era sexo militante, sexo político. Los *gays* ya no pedían perdón por ser como eran, asumían prácticas *hardcore* sin contemplaciones... Sin embargo, la misma fuerza de esta revolución hizo que la atención sanitaria posterior estuviera centrada en hombres *gays* de raza blanca y clase media, y que los transexuales, las minorías étnicas y las mujeres, quedaran fuera de la ecuación, a pesar que ellos también se estaban muriendo de sida... El movimiento *gay* se ha aburguesado. En los setenta la lucha era para que se les considerara iguales que los demás, hoy la asimilación —yo emplearía aquí un término foucaultiano, la tendencia a normalizar del poder político— ha llegado a tal punto que muchos de ellos se han apartado de los valores que defendían, alineándose con la moral

binaria de los sexos y sus goces. Lo repito: funciones y operaciones articuladas bajo el dominio normativo de la lógica binaria de los sexos. Se hace necesario pensar ahora esta cuestión desde otras perspectivas diferentes para no deslizarnos por la pendiente que nos conduce a segregar o marginar a todas aquellas opciones sexuales que ponen en evidencia el carácter excluyente del orden heterosexual normativo. Ser transexual, homosexual o bisexual, no puede dar pie para que algunos psicoanalistas sigan considerando a estas formaciones sexuales como meras patologías con el fin de mantener el eje de la heterosexualidad y de la bipartición como gran organizador del campo sexual.

Para que se entienda, si se combina la pirámide de Rubin con los tres mecanismos fundamentales del sujeto frente a la Ley y a la castración: la represión, el repudio o el rechazo. A medida que uno se acerca a la base del triángulo más imperfecta se presentan las figuras de los

3. Se menciona en particular este texto del psicoanálisis francés, agregado a la bibliografía (El transexualismo), por el carácter radical y absoluto, sin matices y fuertemente estructural, de sus apreciaciones teóricas fundadas en la bipartición sexual.

agentes: la función paterna se desvanece lentamente hasta casi desaparecer, mientras que la función materna aumenta su presencia y dimensión y adquiere una hipertrofia desmesurada; al mismo tiempo, decrece el peso de lo simbólico y se acrecienta en la vida del sujeto el campo imaginario. Como acontece en el código penal, la presunción de salud mental es menor a medida que se inicia el descenso desde la heterosexualidad normalizada a las formas más bajas de la escala; y en la misma proporción, más desequilibrada y enfermiza, aparecerá en la clínica la estructuración subjetiva, cuyas formas neuróticas serán un privilegio de las zonas altas, dejando su lugar a la locura y la psicosis para los sexos marginados. Y aunque esto pudiera no ser siempre así, tiene altas probabilidades de ser considerado de esta manera si la mirada del psicoanalista está atravesada por las estructuras patológicas y su tendencia natural a normalizarlas.

En esta clasificación de la zoología sexual hay especies protegidas y otras, verdaderas plagas que deben ser, de un modo figurado exterminadas, porque ponen en entredicho la normalidad y la pureza del eje heterosexual y sus goces.

No se trata entonces de borrar las diferencias, ni diluirlas en la indeterminación, tampoco cristalizarlas o cosificarlas en formas inmutables o perennes. La vida sexual de los sujetos transita por diversos senderos de acuerdo a la historia personal de cada uno, y lo hace en consonancia o divergencia con las prácticas discursivas dominantes en el contexto social en el que se vive.

Al admitir una perspectiva así de la sexualidad que ahonda en los matices y las diferencias se pone en cuestión, al mismo tiempo, la aparente transparencia de la anatomía genital; se piensa de otra manera la verdad del sexo que, en su profunda opacidad, se convierte en una formulación teórica y en un enigma de difícil resolución. Ahora solo queda hablar del sexo apelando a hipótesis dentro de un marco de alternativas posibles e inciertas en la construcción de conjeturas que permita una aproximación a su verdad.

Es hora de escuchar por un momento el sonar de las trompetas que anuncian el cambio de sexo de *Orlando* en la brillante obra de Virginia Woolf y dar así lugar a las reflexiones vertidas en el texto: «Los trajes no son otra cosa que símbolos de algo escondido muy adentro. Fue una transformación de la misma Orlando la que determinó su elección del traje de mujer y sexo de mujer. Quizá al obrar así, ella solo expresó un poco más abiertamente que lo habitual —es indiscutible que su característica primordial era la franqueza— algo que les ocurre a muchas personas y que no manifiestan. De nuevo nos encontramos ante un dilema. Por diversos que sean los sexos, se confunden. No hay ser humano que no oscile de un sexo a otro, y a menudo sólo los trajes siguen siendo varones o mujeres, mientras que el sexo oculto es lo contrario del que está a la vista. De las complicaciones y confusiones que se derivan, todos tenemos experiencia...»

Para terminar la exposición unas pocas palabras dedicadas al fenómeno trans. Su presencia en un primer plano en las sociedades modernas se debe fundamentalmente a los movimientos que luchan por el reconocimiento de la diversidad sexual, pero también, con un sentido contrario, a los avances producidos en la modelación del cuerpo humano, convertido en verdadero banco de pruebas por los desarrollos de la tecnología médica en los tratamientos hormonales y quirúrgicos.

El orden médico ha conquistado un indudable poder sobre el cuerpo humano y ha puesto los instrumentos de su saber al servicio de las demandas que ellos mismos han creado. Demandas que le son devueltas en espejo al médico cuando algunos transexuales decididos por la intervención médica, dictan la necesidad imperativa del tratamiento hormono-quirúrgico. Tratamiento hormonal que busca acentuar los caracteres secundarios del sexo deseado, y quirúrgico cuando interviene sobre la anatomía de los órganos genitales llevando a cabo una operación plástica para su transformación. La medicina de hoy genera la ilusión de crear nuevas formas de sexo con una confección a medida del usuario sin preguntarse

demasiado por lo que está en juego en la vida de los sujetos que le demandan ese cambio. Solo se trata de ejecutar protocolos cerrados que borran todo rastro de subjetividad. Sin embargo, ciertas fisuras y voces cada vez más perceptibles aparecen, dentro y fuera del campo de la medicina, criticando los procedimientos tecnológicos utilizados en las conversiones sexuales, y poniendo en duda el saber que los médicos afirman poseer sobre la verdad del sexo.

Como se puede ver la transexualidad se halla todavía, en gran parte, bajo el dominio y el poder de las técnicas propuestas por el saber médico y las administraciones políticas. Un saber que desnuda de toda vida al cuerpo humano reducido a su simple biología genética y que hace del sexo una mera cuestión anatómica. ■

### Bibliografía

- BUTLER, J. (2013). El género en disputa. Barcelona: Paidós.  
BUTLER, J. (2009). Lenguaje, poder e identidad. Madrid: Síntesis.  
FOUCAULT, M. (1980). Historia de la sexualidad. La voluntad de saber. Madrid: Siglo XXI.  
FOUCAULT, M. (2001). Los anormales. Madrid: Akal.  
FOUCAULT, M. (2015). Lecciones sobre la voluntad de saber. Madrid: Akal.  
FREUD, S. (1968). Una teoría sexual. Madrid: Biblioteca Nueva.  
FRIGNET, H. (2003). El transexualismo. Buenos Aires: Nueva Visión.  
Krafft-Ebing, R.von (1969). Psychopathia Sexualis. París: Payot.  
LAQUEUR, T. W. (2007). Sexo solitario. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.  
MILLOT, C. (1983). Horsesse Essai sur le transexualisme. París: Point Hors Ligne.  
MISSÉ, M. y COLL-PLANAS, G. (2016). El sexo desordenado. Madrid: Egales.  
PRECIADO, P. (B). (2011). Manifiesto contra-sexual. Barcelona: Anagrama.  
RUBIN, G. (1986). El tráfico de mujeres: Notas sobre la «economía política» del sexo. Revista de Antropología año/vol. VIII número 030. Universidad Nacional Autónoma de México. pp 95-145.  
<http://redalyc.uaemex.mx>

- RUBIN, G. (1997). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. Biblioteca virtual de ciencias sociales, pp. 18-21.  
<http://bit.ly/2eAHVXt>

---

#### Adolfo Berenstein

C/ Ganduxer, 119, 6º, 2ª.  
08022 Barcelona.  
[T] 934183746/609088041.  
[@] Adolfo.berenstein@gmail.co